

PREFACIO

Después de un periodo de intensa hibridación de las tradiciones nacionales en nombre del universalismo y del cosmopolitismo, vuelven a estudiarse –no solo en Occidente, sino en múltiples países, a lomos de un neoindigenismo que el debate sobre el multiculturalismo ha favorecido con fuerza–, enfatizándolas, las peculiaridades nacionales. No solo de los modos de vida, sino también de las orientaciones y de los estilos de pensamiento, incluso de los niveles más abstractos de elaboración de las identidades colectivas. La reacción es comprensible y en ciertos casos está justificada. La presencia de rasgos individualizadores en las tradiciones nacionales había sido reconocida mucho antes de que el nacionalismo cultural decimonónico la convirtiera, no sin violencia, en un tema obligado. Y ha vuelto a ser subrayada en los medios intelectuales en una fase de la historia en la que las identidades nacionales han empezado a sentir con intensidad el impacto de la globalización; tanto más donde parecían frágiles e inseguras después de su constitución como formas estatales.

A pesar de todas las críticas a la obsesión identitaria o, más simplemente, a la idea de identidad, considerada como fuente de atrofias emotivas y cortocircuitos cognitivos, la búsqueda de una identidad nacional continúa siendo un

entretenimiento y un ejercicio de virtuosismo, en ocasiones una ocupación seria y viva, también para muchos intelectuales de todo el mundo. No es una novedad. Los exiliados y los proscritos siempre han destacado como herreros en la forja de la identidad nacional. El número de intelectuales italianos que trabaja en el extranjero ha crecido de modo imponente en el curso de los dos o tres últimos decenios. No sorprende que estos cosmopolitas que, por un lado, viven en sus propias carnes no solo las oportunidades, sino también las promesas incumplidas del cosmopolitismo y que, por otro, identifican de un modo algo narcisista su condición con la de los apátridas de épocas más trágicas, sientan la necesidad de construirse una identidad cultural al mismo tiempo elitista y democrática. Florecen, así, *las filosofías nacionales venidas del exterior*. Por otra parte, quien en su patria se siente prisionero de una condición provincial de impotencia teórica y excluido de los lugares donde se hace la historia, está feliz de poder alimentar, con los recursos de una tradición largamente cultivada, la ilusión del reconocimiento de una alteridad que tal vez podría desplegar su potencial en el extranjero.

El éxito internacional de la así llamada *Italian Theory* es un fenómeno interesante que debería ser investigado con las categorías de la venerable *Wissensoziologie*. Procedentes de una multiseccular y extremadamente compleja tradición nacional, operan aquí dos fenómenos contradictorios pero complementarios: de un lado, la astuta promoción de una marca, característica de la lógica de globalización capitalista que ya ha tomado posesión de la «alta» cultura (y de la que se benefician también los críticos más ácidos del capitalismo financiero y de las dinámicas neoimperiales); de otro, la constitución de núcleos desde los que se propaga un pensamiento que se quiere radicalmente crítico («antagonista»)

con respecto a lo existente y que, pese a haber madurado bajo el manto protector de la universidad, exhibe, complacido, un gesto académico. De hecho, bastante menos *déracinées* que los revolucionarios del siglo XIX, que predicaban el primado moral y civil itálico fuera de los confines patrios, los protagonistas de esta orientación tienden a refugiarse en los oasis del archipiélago académico en los que, un poco patéticamente, se cultiva (sin riesgos) el derecho a la alteridad de la izquierda antagonista.

Con respecto a la primera cuestión, podríamos mencionar a modo de ejemplo la fundación (2001) por parte del periodista napolitano Sergio de Gregorio (que se había iniciado en la aventura política con *La Italia de los Valores*, después de haber saltado al campo en 1997, pretendiendo relanzar «Avanti!», con un artículo sobre *Il crepúsculo di Antonio Di Pietro*), de una asociación cultural, «Italiani nel Mondo», que trataba de promocionar la marca y la imagen del *Made in Italy*, a la que seguirán en el 2004 «Italiani nel Mondo radio Tivù Srl» y otras siglas análogas que constituirán un pequeño imperio (del que dan noticia Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella en el exitoso *La casta. Così i politici italiani sono diventati intoccabili*, un libro que ha influido más sobre la opinión pública que bibliotecas enteras de sociología). La *Italian Theory* es una trasposición mimética en el plano cultural de élite de este género de actividades de autopromoción (no genera tantas rentas, pero al menos sí becas y puestos académicos).

En relación con la segunda cuestión, ideológicamente opuesta pero complementaria en la práctica, se encuentran los *think tanks* del pensamiento antagonista que gozan de los beneficios de la extraterritorialidad. También aquí, para limitarse al ejemplo más significativo, se podría recordar

que, gracias a la iniciativa de los exiliados políticos de París, reunidos en torno al seminario de Ciencias Políticas de Saint Denis y a la revista «Futur antérieur», de la que Antonio Negri es animador y en la que colabora buena parte de la *gauche* intelectual francesa, se configuró una línea de investigación inspirada en el operaismo italiano que, tomando impulso en este trampolín, ampliado a Estados Unidos gracias a Michael Hardt y a algún otro voluntarioso, ha conquistado rápidamente el mercado internacional de la crítica del capitalismo (uno de los géneros más fácil y fútilmente practicados en la literatura filosófica y socio-política contemporánea). Los historiadores del futuro amantes de la conspiración (una especie de no próxima extinción) quizá podrían verse tentados a pensar que de lo que aquí se trata es de una camarilla de refugiados políticos que, después de situarse a resguardo en las universidades y en los centros de investigación de las metrópolis del odiado capitalismo, se divierten cínicamente planificando un experimento, no solo teórico, sobre el cuerpo de la nación italiana: que, después de haber sido vanguardia europea con el fascismo y volver a serlo con el berlusconismo, en el año 2018 sacudía el edificio tecno-burocrático europeo con la conjunción inédita (al menos en el viejo continente) de dos populismos de signo opuesto.

Este es un escrito polémico e idiosincrásico, lo que resultará evidente desde la primera línea, cuya finalidad conviene circunscribir bien desde ahora. No pretendo poner en duda que en las pasadas décadas muchos talentos italianos se han desempeñado con seriedad y competencia en el seno de la comunidad trasnacional de estudiosos, aquella que una vez se llamó «república de los doctos» y, por esa razón, encuentran en la misma una respetuosa y calurosa acogida. Tam-

poco quiero subestimar el hecho de que el extraordinario florecimiento de la literatura italiana entre Dante Alighieri y Torquato Tasso creó las condiciones, y no desde ayer, para un estudio interdisciplinar sobre la especificidad de la cultura italiana y sobre su capacidad de proyección en el mundo. O, tampoco, que autores como Alessandro Manzoni y Giacomo Leopardi han sido determinantes a la hora de conferir una cifra y una tonalidad de pesimismo histórico a la literatura italiana contemporánea. Pero lo que se presenta hoy en el debate internacional como *Italian Theory* es, en gran medida, otra cosa. Una xenofilia provinciana que en cierto momento se transformó en apologética nacional. Parece repetirse, invertida, la historia del hegelianismo en la cultura filosófica nacional de la segunda mitad del siglo XIX con su epílogo en la estadolatría gentiliana.

Quien escribe no tiende a sobrestimar el peso que las ideas tienen, con la forma que toman en complejas y artificiosas arquitecturas de pensamiento, sobre el curso de la historia. Es de la opinión, perfeccionada en la escuela de Max Weber, de que «los intereses (materiales e ideales), no las ideas, dominan inmediatamente la acción del hombre». Sin embargo, está igualmente convencido de que es un error infravalorarlas, especialmente en una coyuntura epocal que ve todo tipo de saber transformarse rápidamente, gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación, en un mar de opiniones tan turbio como tumultuoso. La denuncia y la deconstrucción del «pensamiento único», una práctica omnipresente y retóricamente eficaz, no tarda en generar en tal contexto el simétrico «pensamiento único» del antagonismo, que se transforma en ludismo intelectual, en sabotaje del sentido común en el que se fundamentan la integración y el funcionamiento de toda sociedad.